

misterio de una capilla, el retrato del anciano Feraud. Sentados juntos, y hablando de pequeñeces para ellos interesantes, Raimundo había pasado de sus disgustos de soldado á sus tristezas íntimas, y de éstas á confidencias murmuradas, adivinadas, que no eran declaraciones y decían más que éstas, cuando llamaron suavemente á la puerta y entró la doncella, presentando en una bandeja un paquete cerrado.

—¿Qué es eso, Silvina?

—El joyero señor Hirschler.

—¡Si no le he pedido nada!

—Es que el señor Hirschler propone á la señora la compra de este collar de perlas.

—Que se lo lleve: no necesito ese collar.

—El joyero se ha marchado, diciendo que volverá mañana.

Noris había desdoblado el papel, abierto un estuche y sacado de él un collar admirable, que miró un momento, mientras los vidrios de colores le prestaban matices azules, violetas ó rojos, de rubíes, turquesas y amatistas.

—La verdad es que estas perlas son muy bellas, —dijo Noris.

—El señor Hirschler asegura que no hay ningún collar que se parezca á éste.

—Lo sé. La marquesa de Brignolles lo adquirió en la liquidación de Blanca Marigny, y lo habrá vuelto á vender.

Y enseñaba el collar á Raimundo.

—¡Ya veis, me fian esta fortuna!.... Hace cinco años no me habrían dado un dedo para salvarme de la miseria.

Silvina había salido, y Ferdys dijo á Noris en voz baja:

—¿Os agrada el collar?

—No del todo.

—¡Pues es soberbio!

—Soberbio, porque cuesta caro; pero cualquier florecilla es más linda. ¡Cuando yo era joven, con un adorno de violetas sobre un vestido de muselina, estaba diez veces, cien veces mejor que hoy...., y ni me miraban!

—¿Queréis ese collar?

—¿En qué estáis pensando?... Es muy.... caro.

—¿Lo queréis?

—¿Y os arruinaríais por mí?

—Haría mucho más que eso,—dijo Raimundo gravemente.

—Estoy segura de ello, mi querido Ferdys; pero me habéis obsequiado ya con algo mejor que un collar: las lilas y violetas de Versalles. Y hemos convenido que siempre conservaríamos aquellas flores.

—¡Siempre!

—Aun ajadas y marchitas.... Pero el mejor día me las devolveréis.

—¡Oh! ¡Nunca!

—Se dice eso, y después....

É indicó con su bella mano el vuelo de un pájaro.

—¡No! ¡Jamás!—dijo Ferdys, tratando de apoderarse de aquella blanca mano para imprimir en ella un beso; pero Noris se echó á reír, sintiendo que Silvina llamaba nuevamente á la puerta.

—Algún otro adorno que me envía un joyero para tentarme.... ¡Entrad!

Silvina era portadora de una carta.

—Podíais haber aguardado para entregarme eso.

—Pido á la señora que me perdone; pero han insistido en que la entregara inmediatamente.

—¿Quién ha traído la carta?

—Un criado con la librea del príncipe de Chantenay.

—¡El Príncipe!—dijo Noris.

Y miró á Raimundo, que había levantado la cabeza, frunciendo el ceño.

—¡René! ¡Bah!....—añadió Noris á media voz.

Tomó la carta, la abrió con desdeñosa sonrisa, y la leyó con atención singular, mientras Ferdys percibía los cambios que se operaban en la fisonomía de la joven, pareciéndole extraños.

—¡Ah!.... (exclamó Noris, riendo nerviosamente.) Será hasta bufo....

—¿La señora da contestación?

—¡No la tiene!—respondió Noris.

—El príncipe de Chantenay ha recomendado mucho que se le dé respuesta.

—No tiene contestación (repitió Noris); podéis salir.

Raimundo se había levantado, mirando alternativamente la carta que temblaba en la mano que la sostenía, y el rostro de Noris, que las vidrieras de colores iluminaban fantásticamente. Disgustada por aquellos reflejos, ó tal vez maquinalmente, la joven bajó un cortinaje rojo plegado.

—¿Qué es esa carta?—preguntó entonces Ferdys.

—Una carta del señor de Chantenay....; ya lo habéis oído.

—Indudablemente; pero ¿qué os escribe Chantenay?

Noris pareció sorprenderse por el tono imperioso con que la pregunta había sido hecha.

—Decís, mi querido Ferdys...

—Os pregunto lo que os escribe el Príncipe.

Noris sonrió.

—¡Oh! Absurdos....: aunque os lo dijera, no lo creeríais.

—Pero....

—Estos son mis secretos.... No he de teneros al corriente de todas las locuras que me escriban.

—Yo, yo os confiaría todos los secretos de mi existencia y de mi corazón.

—¿Vos?... En primer término, si se tratase de vos, sería serio....; pero es diferente....

—¡Es diferente! ¿Queréis, Susana, que os diga por qué?

Noris se detuvo, con la carta de Chantenay siempre en la mano.

—Sí, decídmelo.

—¡Pues bien; porque yo, yo os amo, y vos no me amáis!....

Era la vez primera que le confiaba aquel amor; pero ella no experimentó sorpresa ni alegría. Hacía muchos meses que lo sabía.

—¿Y yo no os amo, sólo por no deciros lo que contiene este pedazo de papel?

—Por eso.

—Os juro, mi querido Ferdys, que no hay nada tan trivial como esta carta. Vos me amáis...., y el señor de Chantenay quiere que yo le ame: he aquí todo.

—¡Y vuestra sonrisa al leer esa carta me demuestra que René no os es indiferente!—dijo Raimundo colérico.

Ella arrojó sobre la mesa la carta, se acercó á Ferdys poniéndole las manos sobre los hombros, y fijando sus ojos en los suyos:

—¡Miradme! (exclamó): ¿es efectivamente una

sonrisa lo que veis en mis ojos?... ¡Mirad! ¡Mirad bien!

En el fondo de aquellas pupilas árabes, de aquellas pupilas soñadoras de la joven, Raimundo entreveía un ardor sombrío, algo siniestro.

—No, Susana (dijo, estremeciéndose); si yo no supiera que sois tan buena y tan franca, creería encontrar pensamientos de odio.

La hermosa permaneció así algunos instantes, y añadió después, sin dejar de mirarle:

—¡Os causo ahora miedo!

—¿Vos? Ya os he dicho que os amo, y que os juzgo la lealtad misma. ¿Por qué habéis de causarme miedo?

Sentía una verdadera delicia encontrándose junto á Ferdys y atraída por él, y siguió diciendo con tenue voz:

—¿Por qué? ¡Porque no me conocéis! Porque no sabéis todos los sufrimientos, odios, orgullos ultrajados é ilusiones desvanecidas que se han fundido en mí. Si yo os hubiera consagrado mi amor, ¿no habría sido mía vuestra existencia entera?

—¡Oh! ¡Sí, sí!

Noris se desprendió bruscamente de sus brazos, y dijo riendo, aunque con voz seca y dolorida:

—Estáis loco.... Todo lo que me decís es muy grato; pero es una broma.

—¡Susana!

—Bueno, una broma.... de parte mía. Quería saber si me amabais verdaderamente.

—¡Y saber también si tengo celos!—respondió Raimundo, irritado por la risa de Noris.

—¡Celos! ¿De quién?

—¡De René!

—¿De René?

—Sí.... Enseñadme su carta.

—¡Bah! ¿Y para qué?

—¡Es una declaración!—exclamó Ferdys.

—¡Oh!—dijo ella. Y volvió á coger la carta de sobre la mesa.

—¿Y no la habéis desgarrado?

—Ya habéis visto que no.

—Por alguna razón poderosa.

—¿Y cuál?

—¡Que amáis siempre á René!

—¡No!.... Porque le odio (exclamó Noris, desgarrando á medias con sus dientes la carta del Príncipe); porque le desprecio; porque anhelo vengarme de él, y esta carta que suplica, que implora, y en la que acaso hay huellas de lágrimas (¡lágrimas de *Flor-de-Chic!*), me prueba que el Príncipe está en mi poder, y que podré hacer de él cuanto se me antoje.

Había tal explosión de triunfo en su mirada, que Raimundo balbuceó trémulo, y dispuesto á arrancarla aquel papel y pisotearlo:

—¡Ah! ¿Os hace muy feliz esa carta?

—¡Muy feliz!.... Si yo no hubiera encontrado en mi camino á ese hombre de quien estáis celoso, ¿sabéis, señor de Ferdys, lo que sería hoy? La honrada mujer de un hombre honrado; la esposa de un escritor ó de un empleado; pero una esposa, una madre, un ser á quien se saluda con respeto.... ¡Ah! ¡Miserable!

Y miraba entre sus crispados dedos los pedazos de la carta.

—Ahora me ama, me ama...., y, adivinad lo que encierra la carta. Algo asombroso, cómico é incref-

ble... Pero no caeréis en ello, por mucho que discurráis; sería preciso para eso que fueseis esclavo de la pasión ó del capricho.... ¿Sabéis lo que me propone y ofrece vuestro primo?

Y refa de una manera nerviosa y enfermiza.

—Me ama, me suplica, solloza.... ¡Quiere borrar lo pasado! ¡Quiere casarse conmigo!

Ferdys retrocedió, con el corazón agobiado por los celos, y lanzó esta frase, que hizo enojarse á Noris:

—¿Con vos?

—Conmigo...., ¡con su antigua querida! La novela de amor desgarrada y tirada al cesto de los papeles, la recoge hoy, para hacerla encuadernar con sus armas.... ¡Tendrá el escándalo, ya que lo busca, y puesto que él se apoderó de mi juventud, yo me apodero de su nombre. ¡Quedamos en paz!

Raimundo seguía petrificado.

—¡Pero no haréis eso!

—¿Y por qué no? ¿Porque deshonraré al príncipe de Chantenay? ¡Bah! Su último amor no le costará lo que á mí me costó el primero: la vida.

Y añadió, moviendo la cabeza:

—Nada hay que temer, porque Chantenay se acostumbraría fácilmente al escándalo; menos se avergonzaría de su esposa de hoy que de su querida de ayer.

—¿Creéis, por lo tanto, que os ama?

—Sí, porque ahora soy el fruto prohibido.

—¿Y responderéis á esa carta en que os ofrece su nombre?

—¡Oh! No temáis: no es por amor.

Tan rudos acentos había en su voz, que Raimundo se preguntaba si era aquella la Noris que él

conocía. Parecíale bruscamente transformada por el odio, y no tenía más idea que huir de aquella casa y no reaparecer jamás en ella.

—¿Sabéis, Susana, que al vengaros de René no es él la única víctima?

—Lo sé: yo la primera.

—Y otros también....

—¿Quiénes?

Raimundo iba á nombrarse, pero se contuvo.

—Una mujer (dijo), una mujer que ama á René.

—Vamos; decididamente no hay como no amar para ser amados. ¿Esa mujer será la señora de Montepreux?

—Sí; la Condesa.

—Tenía un esposo, y le engañó: tanto peor para ella,—dijo Noris fríamente.

Entonces surgió una exclamación del fondo de su ser á los labios del joven. Tomó las manos de Noris, la miró á su vez fijamente á los ojos, como poco antes le había mirado ella, y estallando su amor en una ardiente súplica:

—¿Y yo, Susana, y yo?—dijo.

En aquel grito, en aquel llamamiento, en aquella confesión, había tal fuego, que Noris cerró los ojos, temiendo por sí misma, é impulsada hacia él por un magnetismo de juventud y de pasión. No se atrevía á encontrarse con los ojos de aquel enamorado de veinticinco años, que la imploraba de rodillas, sin otro temor que el de que ella amase á René y que, más que con los labios, decía con su corazón: «¡Te amo! ¡No amo á nadie como á ti!»

Cuando abrió los ojos, ya era nuevamente dueña de sí.

—Os he encontrado muy tarde, Raimundo (dijo

con tristeza). ¡Partid, y dejadme en lucha con mi pasado!

—¿Os casaréis con René?

—¿Qué os importa?

—¿Os casaréis con él?

—Sólo el duque Vassili puede pedirme cuenta de mis actos, aunque ahora sólo sea un amigo para mí. Pero al no recordarme lo que le debo, me concede bastante libertad para cuanto yo haga. ¡Bien considere bufa, bien tome por lo serio la proposición del Príncipe, esto sólo interesa al Gran Duque y á mí, ó, mejor dicho, á mí sola!

—¿Y os casaréis con René? (repetía Ferdys, exaltándose ante aquella idea, como los tímidos aguijoneados por la pasión.) ¡Decidme que eso no es posible!

—La prueba de que lo es, está en su ofrecimiento.

—¡No digo que sea imposible porque no seáis digna de él, sino porque él no es digno de vos!

—¡Pero si no le acepto á él, sino su nombre! El desquite es bueno, y no se debe perder.

Raimundo tomó bruscamente su sombrero, y después, indicando con el brazo extendido el retrato de Feraud:

—¡No os reconozco (dijo) como hija de ese hombre honrado!

Temblorosa y con la mirada ardiente, tomando la mano de Ferdys, que oprimió con todas sus fuerzas, Noris le dijo entonces, dejándole ver más profunda que nunca la herida sangrienta de su vida:

—¡Ah! no comprendéis que esa será la venganza del pobre mártir! Adiós; no penséis más en mí, y dejadme disponer libremente de mi vida, como

vos podéis hacerlo de la vuestra. ¡No volváis por aquí, Raimundo!.... Me amáis demasiado...., y yo...., yo no tengo derecho de amaros!

Le había dicho estas palabras como hubiera pronunciado un «yo os amo», rechazándole suavemente con sus manos febriles, que él hubiera querido llevar á sus labios y cubrir de besos; y comprendiendo que iba á suplicarla nuevamente con lágrimas de debilidad y de rabia que no se casara con René, tuvo vergüenza de sí mismo, y se alejó, gritando todavía:

—¡Me volvéis loco, y me destrozáis el corazón!

—¡Es posible.... (respondió ella); pero á todo se hace uno!

Pero también Noris, exhausta ya de fuerza, se ahogaba. Le había costado gran esfuerzo contestar á las declaraciones de René con sus ironías de rebelde, con sus cóleras de despreciada, pudiendo al cabo satisfacer su odio. Quería ser libre de voluntad, libre para aceptar la oferta insensata del príncipe de Chantenay, libre para ser Princesa, si lo quería así.

Á la vanidad de ser Princesa hubiera preferido cien veces el cariño de Ferdys, á quien amaba. Pero en el fondo del alma se creía indigna de él, y aspiraba acaso á utilizar la increíble oferta del Príncipe.

Sentíase también quebrantada, y quería que Raimundo se alejara, por la crisis nerviosa que se enseñoreaba de ella. Salió á pie, caminando á la casualidad, aspirando el aire libre, y repitiéndose con cólera, que aumentaba como una locura:

—¡Ah! ¡me ama!.... ¡Pretende casarse conmi-

gol.... ¡Princesa!.... ¡Yél, que desdeñaba á la joven honrada, suplica á la cortesana!

Llegó fatigada al parque Monceau, donde se detuvo, ocupando una silla, y recordando que otra vez había traspuesto aquella verja. Entre todo el despertar risueño de la primavera, Noris recordaba la tarde nublada y sombría en que acudía — á dos pasos de allí — á la Avenida Van-Dyck, para implorar angustiosamente piedad al príncipe de Chantenay. Por más que la envolviese ahora una atmósfera de felicidad y acariciase su frente un viento fresco impregnado de dulzura, sentía su alma sombría y llena de cólera, y miraba vagamente aquellas flores abiertas, aquel follaje, aquellos ramos de lilas, aquellos blancos castaños, una estatua de mármol que parecía sonreír, los pichones que caminaban lentamente por el césped, junto á los gorriones saltarines. Y de un objeto á otro, de una cesta de margaritas á un grupo de niños que jugaban sobre la arena, los ojos de Noris lo abarcaban todo, sin fijarse en nada....

—Puedo vengarme, si quiero.... ¡Puedo vengarme!

Después se detuvo más pensativa entre aquellos grupos de criaturas de mejillas rojas, cuyos gritos se mezclaban al gorjeo de los pájaros, y miró atenta y fijamente. ¡Niños! Los había dormidos en sus envolturas sobre las rodillas de sus nodrizas, y los copudos árboles parecían besar con su verde sombra aquellas carnes lácteas y aquellas rosadas frentes. Otros jugaban haciendo agujeros en la arena, llenando de tierra cubos de hojalata pintados de rojo ó de azul. Las paletadas que llevaban las ocupaban como si hubieran de conquistar im-

perios. Tenían trajes blancos, cinturones rojos, vestidos azules, grandes sombreros con cintas, bajo los cuales caían sus cabellos como sedas doradas. ¡Qué hermosos eran los niños! ¡Y cómo miraban con sus ojos inquietos, profundos, curiosos, á la dama que pasaba junto á ellos!

Noris casi se olvidaba de la loca carta del Príncipe, de las declaraciones ahogadas de Raimundo, por detallar á todas aquellas alegres criaturas, sintiéndose poseída por un sentimiento extraño: el de besar aquellos mofletes hermosotes. Sentía surgir en su alma ardores de maternidad y necesidad de sacrificarse por alguna criatura como aquellas, que corretease vacilante por entre las calles de árboles. Sí, habría sido una madre, y habría tenido una familia sin Chantenay, sin Chantenay, que le ofrecía todo aquello, falta de santidad y de amor, que le ofrecía un hogar, como le hubiera ofrecido un mobiliario. Uno tras otro hubiera querido llamar á aquellos niños, hablarles, interrogarles, besarles y llenarles de dulces y juguetes.... Ella habría querido jugar á las madres, como ellos jugaban á los caballos y á los palacios de arena.... ¡Ah! ¡La maternidad, palacio de arena de la rebelde!

De repente, destacándose del grupo de pequeños, y separado por su aya, que no quería visiblemente que jugase con desconocidos, Noris vió dirigirse hacia ella un chiquitín de cuatro ó cinco años, vestido de *mougick*, —blusa con cinturón de plata y polainas rojas,—que buscaba la sombra, y que, conforme se acercaba, iba mirándola más, acaso por las miradas fijas de la desconocida. Al llegar cerca, asió temerosamente los vestidos de la aya, mientras Noris le decía dulcemente:

—¿Te causo miedo, amiguito?

Entonces se detuvo, y su aya le dijo en inglés, que Noris conocía:

—Cuando se os dirija la palabra, Charley, hay que contestar; decid: «Señora, no; no tengo miedo».

El niño vaciló, miró al aya, y repitió tímida-mente:

—Señora, no; no tengo miedo.

Noris tendió al niño ambas manos.

—¿Queréis permitirme que os bese?

—*With pleasure*.... Charley, decid: «Con mucho gusto, señora».

—Con mucho gusto,—repitió la vocecita del niño.

—¿Y cómo os llamáis, caballero?

—Carlos.

—Bonito nombre.

—También me llamo Charley...., en inglés,—dijo el niño.

—¡Ah! ¿Sabéis inglés?... *You speak english, master Charley!*

—*A little*,—dijo el niño, á quien la sonrisa de Noris envalentonaba.

—Sois un guapo joven (dijo Noris), y vuestro papá debe estar muy orgulloso.

El niño respondió:

—¡No tengo papá!.... Está ahí abajo...., enterrado en el castillo.

Y mostraba con su manecita un punto invisible del espacio.

—El señorito Charley (dijo gravemente el aya, colocando la mano seca sobre la rubia cabellera del pequeño), es el señor conde de Montepreux.

—¡Montepreux!

Noris, al escuchar aquel nombre, miraba alternativamente á la mujer y al niño.

Charley, en efecto, tenía los ojos y la piel de ámbar de su madre.

La señora de Montepreux tenía un niño tan encantador, y que había consolado tanto á Noris al besarle. ¡Tenía aquel hijo, podía amarle, y era querida de Chantenay!

—¡Las mujeres son necias ó viles!

Y Noris se levantó bruscamente; después, inclinándose hacia Charley, que, siempre correcto, se había quitado su gorra de Tartaria:

—Decid á vuestra mamá que habéis encontrado á una señora, y que os ha encargado le digáis que nada en el mundo...., nada...., vale tanto como vos. ¿Comprendéis?

Entonces el aya, sintiéndose algo picada:

—No hay que decir eso á los niños (exclamó); que ya son de por sí bastante insóportables.

Y siguió diciendo:

—¿Y si la señora Condesa me pregunta el nombre de la señora....

—¡Mi nombre!.... La señorita Feraud,—dijo Noris alejándose.

Pensaba en que mientras Charley, ó «el señor Conde», como decía el aya, estaba en el parque Monceau, ella estaría acaso, cerca de allí, en la avenida Van-Dyck, en casa de Chantenay.

La imaginación de Noris suponía que no podía estar en otra parte. El niño formaba montoncitos de arena á algunos pasos del hotel del amante de su madre, mientras el padre estaba enterrado en el castillo....

Y Noris creía seguir viendo el rostro triste con que decía el huerfanito :

—¡No tengo papá!.... Está allá abajo.. .

La señora de Montepreux en casa de Chantenay...., y acaso suplicándole, como Noris le había suplicado en otro tiempo. Sabiendo Jacoba, tal vez por el mismo René, que éste pensaba en su absurdo enlace con la señorita Feraud, había tomado el camino de la casa de su amante.

Y pensando en Charley, con su traje ruso, acudía á Noris este pensamiento irónico :

—¡Pobre pequeñuelo! Acaso me deba el que no sea su padre político el príncipe de Chantenay.

IX.

No sin vacilaciones y cóleras había tomado René el partido de escribir á Noris la asombrosa carta que ésta había leído ante Ferdys; pero el joven Chantenay tenía por principio en la vida hacer únicamente lo que quisiera. Además, se encontraba medianamente aburrido é importunado entre su madre, que le incitaba al matrimonio, y Jacoba de Montepreux, que había llegado á ser demasiado celosa, y le recordaba con algo de encarnizamiento las antiguas promesas. Pues bien : puesto que querían que se casase, se casaría, pero á su gusto. Estaba cada vez más excitado, más áspero; se hablaba en aquel estado de excitación nerviosa en que, por despecho, por deseo, por bravata para consigo mismo ó para con los demás, es uno capaz de todos los absurdos.

—¿Y por qué absurdos? (se preguntaba cuando trataba de razonar su situación.) No hay absurdo en el mundo más que lo que nos es desagradable.